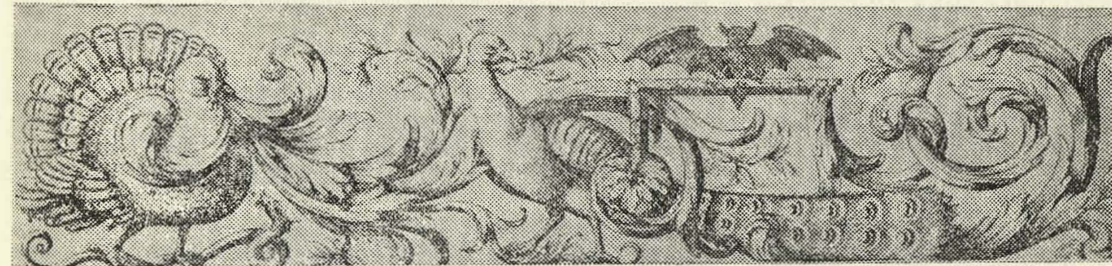


mente, su grandeza desafiará nuestros conatos, y otra vez se nos representará como un foco central de la poesía patria, como el hombre bueno a quien Jehová le dio labios que no podían abrirse sino para invocar el ideal.

(Discurso pronunciado por Monseñor José Vicente Castro Silva, en la Academia Colombiana, con ocasión del homenaje que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario tributó a don Rafael Pombo en el centenario de su nacimiento).



LA MEDICINA, SU EVOLUCION, SU ESPIRITU

Por: ANTONIO ROCHA M.

Cuando el señor Rector se dignó solicitar mi concurso para hablarles a ustedes en su nombre y en esta ocasión, pues entre mis admirados compañeros de Consiliatura soy el de mayor edad, intenté excusarme de obedecerle por dos motivos:

Uno, porque no era deseable privar a un auditorio tan selecto, así fuese ocasionalmente, del encanto de oír la palabra, a un mismo tiempo amena y docente, ambas calidades en extremo sumo, del maestro del bien decir y fulgurante inteligencia que es nuestro Rector, el ilustre Castro Silva, verdadero señor del arte, la caballerosidad y la cultura.

Otro, por la insalvable lejanía que me separa del campo de las ciencias médicas en que ustedes, en cambio, se mueven con tan desenvuelta naturalidad, conciencia y eficacia. Lo que me hizo sentir elemento inadecuado para el diálogo.

A ese campo tiene úno, profano, que asomarse con aquel respeto que indujo a Moisés y a su pueblo a descalzarse las zandalias para ascender al Monte Oreb, porque la tierra por pisar era sagrada. Mis conocimientos al respecto son empíricos, rudimentarios, aunque no exentos de encanto. En el medio familiar y social en que rodó mi primera niñez, asolado y despoblado por la guerra civil de los mil días, no se encontraban medicinas distintas a las que daba la naturaleza. Así aprendí a vivir y convivir con el ruibarbo, cuyas hojas sustituyen a la espinaca, y su retoño tierno al confite, y estimula las funciones digestivas; supe que la ipecacuana era un remedio contra la disentería y la hemorragia; conocí por experiencia las propiedades febrífugas de la quina, bondadosa y amarga a un mismo tiempo; aprecié la

frescura de la sombra del tamarindo y las íntimas propiedades de su fruto acidulado; el balsámico y anticatarral eucaliptus; las cataplasmas de hojas de áloe para las heridas e inflamaciones; y empecé a comprender por qué el acíbar es apenas comparable con las más amargas penas.

Estos nombres tenían no solo una belleza auditiva, sino que su extracción oriental suscitaba el misterio, el encanto idescifrabable de las leyendas de la tierra del sol. Los médicos lo sabían, y los boticarios lo acentuaban con cierto refinamiento de bellos dibujos que pregonaban su estirpe sobre frascos de porcelana blanquísima: ruibarbo, de la China milenaria; áloe, de la India fabulosa; tamarindo, de la Arabia Saudita. Era también un tributo a la verdad, porque “esencias” significa el summum de lo permanente e invariable de las cosas; y la salud, así la quiere uno, sustancial y eterna.

Pero es lo cierto que estas maravillas no suelen ser bien apreciadas cuando emanan directamente de la naturaleza. Lo que en medicina suscita admiración es la técnica del hombre al poner a su servicio aquellas calidades y fuerzas para aliviarlo de enfermedades y alejarle la muerte. El intrincado dominio de la salud lo expresa el símbolo principal del médico; las dificultades, con el bastón de nudos; y la serpiente que allí se enrosca es el ingenio penetrante y casi adivinatorio, o bien las fuerzas ocultas del mal avanzan sigilosa y calladamente hacia el destino del hombre, que es el polvo de la muerte; el gallo pregonaba la constante vigilancia, y una mano sustentaba la estatua de la naturaleza, objeto de todas sus observaciones. Y es un Dios quien lleva de su mano ese símbolo, el hermoso Esculapio, del Olympo griego, preclaro iniciador de las ciencias médicas. Partiendo de tamaña altura, es apenas lógico que su progreso a través de los siglos se mida por la presencia de los Genios: Hipócrates, el inmenso heleno, racional y naturalista; Galeano, Abenzoar y Aberroes, Morgagni, Boerhaave, Claudio Bernard, Pasteur, Koch, Finlay... Brillante estela que pone de manifiesto Goethe en Fausto: "...a pesar de que yerre en su nocturno camino, el Hombre se dirige instintivamente hacia la luz”.

A mediados del siglo XVII inició sus funciones docentes este Colegio Mayor, con los privilegios y honores del de Salamanca, para estudiar la doctrina de Santo Tomás, la Jurisprudencia y la Medicina. Cristóbal de Torres fue sin duda un hombre eficaz, a juzgar por cuatro rasgos: le encomendó el Santuario de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá a su Orden Dominicana; apoyó que se diese el sacramento de la Comunión a los indios; inició en Santa Fé la procesión de Corpus Christi; y fundó este Claustro. Era elocuente, erudito y virtuoso; buen temple de carácter, pues censuró como Predicador costumbres de la Corte de los Felipes; y no está de más hacerles presente a ustedes, que a su derecha tienen su estatua de bronce, que según el historiador

Zamora, que lo conoció y trató, era “de hermoso rostro, blanco y colorado, ojos vivos e inquietos que brillaban como luces”. Dijo el fundador que “si el médico debe empezar por donde acaba el Físico, es consiguiente que al estudio de la Filosofía suceda el de la Medicina”. Y dijo también: “Al médico que careciere de esta necesaria instrucción, le sería imposible penetrar los profundos arcanos que ocultan las funciones de la economía animal, ni comprender en lo posible los admirables designios a que se dirigen la organización y mecanismo de la mejor máquina del universo, cual es el hombre...”.

Era que entonces, en el siglo XVII, la química racional se había libertado de la alquimia, no ya para obtener oro sino medicamentos; se había fundado la medicina racional, la fisiología experimental y la anatomía patológica; la observación y la experiencia hicieron razonado el empirismo, de manera que al terminar ese siglo, se encontraba ya construido en líneas generales el edificio científico de la medicina moderna. Cristóbal de Torres contribuyó a la cultura con esta Fundación y, aunque consumado escolástico, y romancista además, le concedió también importancia a la escuela práctica solidista, como en Europa se denominaba el impulso científico y realista que a la medicina le empezaron a dar la física, la química y la historia natural.

Estos dos aspectos del espíritu no siempre saben andar juntos; la historia de las dos Facultades, como pueden verificarlo ustedes en las investigaciones y relatos de Guillermo Hernández de Alba, de Andrés Soriano Lleras y aun en las crónicas de Pedro María Ibáñez, muestran la alternativa prevalencia de los estudios de Jurisprudencia sobre los de Medicina, y una que otra preponderancia de ésta sobre aquéllos, a veces deslumbrante, como es el renacimiento de 1801 con el nunca bien admirado plan de enseñanza de José Celestino Mutis y Miguel de Isla y en general de la Expedición Botánica, plan que consistió en cinco años de teoría y tres de práctica, tal como en las universidades europeas.

No son pues ustedes nuevos aquí. No es que llegan, sino que vuelven. Esta es su Casa, donde tres siglos de historia los respalda. E historia también es que facultativos médicos de la ciencia y fama y del empuje creador de Fergusson Manrique, de Cubides Pardo, de Ordóñez Márquez, de Consuegra Zuláicar, de Escallón Caicedo y de Afonso Tribín Piedrahita, hayan unido a la suya la experiencia de un jurista de dilatada fama y escuela que es Hernando Morales Molina, en la Dirección de la Escuela de Medicina. Eso es lo que pide el escudo, esa es aquí la tradición, como siempre ha sido: **nove et vetera**.

El señor Rector Castro Silva y los Consiliarios Monseñor Cruz, Echeverri Herrera y Juan Rafael Bravo, a cuyo parecer se unió irrestrictamente el mío, han decretado que en calidad de

colegiales honoris causa formen ustedes parte integrante del Claustro. El escudo que ostenta la bandera y el que ustedes van a vestir, es la historia de virtudes que ya está averiguado los distinguen a ustedes. Es un reconocimiento, no algo por merecer. Es la Orden de los que fueron Caballeros de Calatrava, una Cruz, en su origen de color rojo bordada sobre blanco manto de armiño, que no podían usar sino los caballeros que demostraran limpia tradición de sangre y de nobleza, y heroico esfuerzo por el triunfo de la idea. Tal como aquella a que se han consagrado noblemente ustedes. Y la que da lugar a la amistad sincera y a las manos calurosas que ahora estrechan las de ustedes a lo largo de la Historia.

Bogotá, Marzo 10 de 1967.

Antonio Rocha A., Colegial de Número.

Palabras que el Consiliario doctor Antonio Rocha dirigió a los médicos, colegiales ad-honorem del Mayor de Nuestra Señora del Rosario al entregarles el título:

BALANCE DE ACTIVIDADES EN LA FACULTAD DE MEDICINA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO, A LOS 16 MESES DE SU REAPERTURA

Por **GUILLERMO FERGUSSON M. - Decano**

La Facultad de Medicina del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, inició tareas en su segunda época el 1º de Marzo de 1966, con 30 alumnos. Actualmente la Facultad tiene un total de 101 alumnos, divididos así:

1er. Semestre (III Promoción).....	46
2º. Semestre (II Promoción).....	34
3er. Semestre (I Promoción).....	21

El 11 de Septiembre de 1967 se iniciará una nueva promoción y serán recibidos 40 nuevos alumnos, cupo máximo adoptado para el primer semestre, teniendo en cuenta la deserción y "mortalidad" académicas inevitables.

La Facultad posee una planta docente bastante buena, con un total de 35 profesores en nómina y con la cooperación entusiasta de muchos más que forman el personal del Hospital de San José.

De estos 35 profesores, 4 son de tiempo completo (Decano, Fisiólogo, 2 Patólogos), 11 son de medio tiempo y el resto de tiempo parcial.

Algunos de los profesores de tiempo parcial y varios de tiempo medio, trabajan el resto del tiempo en el Hospital de San José, de modo que están en contacto permanente con el alumnado.

La Facultad cuenta dentro del Hospital con las instalaciones siguientes: Decanatura, Secretaría, Mimeógrafo, Sala de Profesores, Laboratorios de Biología, Química, Histología, Anfitea-